

QUÉ HACER: ENTRE LA POSIBILIDAD Y LA UTOPIA

Los sutiles mecanismos de dominación en los Estados de la sociedad occidental, unidos a las mejoras aparentes de las condiciones generales de vida en las clases supeditadas a la fórmula del capital, son dos de los rompeolas contra los que se batían los impulsos revolucionarios de este final de siglo/milenio. Frente al clásico determinismo revolucionario de una concepción teledirigida de la historia, el autor contrapone —desde inequívocas posiciones anticapitalistas— una apuesta decidida por la profundización radical de la democracia, más allá de los límites impuestos por la burguesía y la «ley del número»: la democracia como objetivo sustantivo de la izquierda.

Por José Angel Moreno

CRISIS DEL IDEAL REVOLUCIONARIO

Parece indudable que en las sociedades democráticas de capitalismo avanzado¹ el ideal revolucionario no es un concepto que goza de gran audiencia. Más bien parece un fenómeno del pasado. Un fenómeno al que —en su acepción tradicional de ruptura violenta del orden establecido— han renunciado prácticamente todos los sectores y movimientos sociales. No es, desde luego, un hecho gratuito. Existen poderosas razones que contribuyen a explicarlo; razones que, en esencia, derivan de las transformaciones del sistema capitalista en los países ricos. Sin ánimo exhaustivo, creo que, en este sentido, merecen ser recordados fenómenos como los siguientes:

1. La inmensa fuerza policíaco-militar alcanzada por los Estados modernos, que hace poco imaginable una transformación violenta del poder según los esquemas revolucionarios decimonónicos.

¹ Este texto se centra sólo en la situación de los países de capitalismo avanzado, dejando de lado, y no, desde luego, porque carezca de importancia, la problemática del mundo subdesarrollado y de los países de economía centralizada.



2. El propio carácter democrático, por imperfecto y parcial que sea, de estas sociedades, que sienta las bases para que la posibilidad del ejercicio real de la soberanía popular no dependa inevitablemente de acciones violentas².

3. La complejización creciente de la estructura de clases en estas sociedades, que matiza las polarizaciones sociales antaño nítidas, haciendo también más difuso y complejo el carácter de los enfrentamientos de clase.

4. El profundo cambio experimentado por las clases trabajadoras, cada vez menos uniformes y más alejadas del desvalido proletariado clásico, al tiempo que crecientemente integradas en un sistema que las concede confort y seguridad, pero que manipula más sutilmente sus conciencias.

5. La progresiva desconfianza respecto al mito marxista de la predestinación histórica del protagonismo de la clase obrera en el proceso de superación del capitalismo y, aún más, el cuestionamiento de la existencia de cualquier otro sujeto social exclusivo de la transformación, de cualquier «centralidad ontológica»³ en el proceso de cambio social.

6. Finalmente, las intensas transformaciones experimentadas en las relaciones de dominación y explotación. Estas son, cada vez más, fenómenos polifacéticos, omnipresentes y diluidos en todas las facetas de la vida, que no dependen sólo de la relación salarial. Son, al tiempo, fenómenos progresivamente más sutiles e indolores, que no se basan tanto en la expropiación de plusvalía directa — y en el consiguiente empobrecimiento material de los trabajadores— como en la manipulación ideológico-cultural y en la generación de desigualdades estructurales de capacidad de negociación —de poder— en todos aquellos ámbitos en los que se producen enfrentamientos de intereses. Fenómenos, por tanto, cuya erradicación no depende ya sólo de la desaparición del monopolio de la propiedad de los medios productivos, por importante que siga siendo.

Son todos, pues, elementos que contribuyen no sólo a hacer crecientemente difícil el éxito de un estallido revolucionario clásico, sino que incluso propician el hecho de que deje de ser deseable para la mayoría de la población de estas sociedades. Y ello aún a pesar del evidente incremento de la desigualdad social y del crecimiento absoluto de los sectores marginados. Pero, como intuyera Marx, es ésta una masa social que difícilmente alcanzará una conciencia transformadora, precisamente por su carácter de no-clase, por su exclusión del tejido productivo, por la propia intensidad de su miseria y por su desesperación, que la hacen incapaz de forjar unidades políticas consistentes. Puede provocar revueltas, pero no generar revoluciones.

En este contexto, la posibilidad del fenómeno revolucionario en los países de capitalismo desarrollado parece reducirse a una eventual ruptura pro-

² Vid. sobre esto A. Heller y F. Feher, *Anatomía de la izquierda occidental*. Península, Barcelona, 1985.

³ La expresión es de E. Laclau y Ch. Mouffe y se recoge en un texto que se citará abundantemente: *Hegemonía y estrategia socialista. Hasta una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1987.



funda de las condiciones de vida de la mayoría de la población. Sólo un empobrecimiento masivo permitiría la generación del caldo de cultivo adecuado para la revolución⁴. Al margen de esta eventualidad —poco deseable, por otra parte—, la viabilidad de procesos revolucionarios sólo parece creíble en el Tercer Mundo.

Pero, aún más, los fenómenos apuntados hacen, en mi opinión, muy verosímil la hipótesis de que la revolución —siempre en su acepción tradicional— puede haber dejado de ser un proceso inevitable para la superación del capitalismo. Y no sólo por la existencia de posibles vías alternativas para el cambio estructural, sino también porque no parece ya sostenible que la evolución histórica conduzca ineludiblemente a la necesidad del fenómeno revolucionario.

Creo que se trata de algo en lo que merece repararse, pues tiene implicaciones decisivas. En efecto, el concepto clásico de la revolución —cuando menos en su acepción marxista— suponía una concepción teledirigida de la historia, en la que el propio capitalismo generaría inevitablemente su fin y sus verdugos: el fermento de una ruptura radical y violenta del sistema social, necesariamente protagonizada por el proletariado. Una concepción, en definitiva, absolutamente determinista, que conviene cuestionar no sólo por su irrealismo, sino también por su carácter atentatorio contra la libertad y por la consiguiente negación que presupone de la centralidad de la responsabilidad humana en la historia. «La historia —ha escrito André Gorz— no tiene sentido»⁵, y, por lo tanto, la liberación no puede depender de ninguna lógica superior a la voluntad humana: «el reino de la libertad —añade Gorz— nunca será el resultado de procesos materiales: sólo puede ser instaurado por el acto fundacional de la libertad que, reivindicándose como subjetividad absoluta, se constituye ella misma como fin supremo en cada individuo»⁶. Desde una perspectiva personalista, no está de más señalar que en esa carencia de final previsto radica, precisamente, la grandeza de la aventura humana y el fundamento de la libertad y de la dignidad de la persona.

Por ello, frente a esa presunción de la existencia de una racionalidad superior que conduce ineludiblemente a la revolución, dotándola de un carácter fundacional de la nueva sociedad, la postura aquí defendida presupone, por el contrario, la convicción de que no debe postularse —si se pretende construir una convivencia libre— más «racionalidad» que la que trabajosamente, entre errores y aciertos, vaya surgiendo de la libre contraposición de ideas en ese conflictivo —y a veces desatinado— proceso de diálogo colectivo que es la democracia. Toda otra pretensión conduce irremisiblemente al autoritarismo y, a la postre, a la irracionalidad suprema.

Con todo, este cuestionamiento de la posibilidad, de la deseabilidad y de la necesidad de la revolución no entraña desesperanza alguna acerca de la

⁴ Vid. sobre esto P. Mattick, *Marx et Keynes*. Gallimard, París, 1972.

⁵ A. Gorz, *Adios al proletariado*, El Viejo Topo, Barcelona, 1982.

⁶ *Ibidem*.



posibilidad, de la deseabilidad y de la necesidad de superar el capitalismo. Sólo implica la desconfianza respecto a que no existan más vías para esa superación que las violentas. No puedo desembarazarme de la esperanza de que pueda conseguirse una transformación profunda del inhumano orden dominante por vías pacíficas ni de la creencia de que sólo esa alternativa sería la que permitiese una transformación auténtica. A ello —teniendo siempre en el horizonte la utopía del comunismo libre, autogestionario y fraterno— trata de apuntar lo que a continuación sigue.

LA DEMOCRACIA RADICAL, INSTRUMENTO Y OBJETIVO

Como antes se indicaba, la explotación en nuestro tiempo no depende sólo —aunque descansa sobre ella— de la propiedad de los medios productivos. Su expropiación puede no ser, por tanto, la única opción realmente liberadora. Toda acción que pueda socavar la estructura de poder existente para su reparto más equitativo es potencialmente una acción emancipadora y, en consecuencia, transformadora. Como han escrito dos autores con los que en otros temas discrepo, en la actualidad «el objetivo de la supresión de la explotación económica se transforma en un objetivo de redistribución del poder político. Y el ideal moral de la igualdad se concreta en un programa de superación de la desigualdad de las relaciones de poder en el conjunto de la sociedad»⁷. Y no hay, probablemente, estrategia mejor para esa pretensión que aquella que posibilite sentar las bases de una estructura menos desigual y jerárquica del poder: aquella que fomente al máximo posible el establecimiento de los mecanismos y de las posibilidades de una libre y equitativa participación social en los diferentes niveles de decisión. Una estrategia, en definitiva, que se concreta en la construcción de contrapoderes sólidos que permitan controlar y compensar crecientemente por la mayoría del cuerpo social la capacidad decisoria de los sectores económicamente dominantes, debilitando así los cimientos de la propia posición de dominación, distribuyendo más igualitariamente el poder y los recursos y socializando, en esa medida, las oportunidades y las capacidades del conjunto de la comunidad.

Es ésta, en suma, la idea matriz sobre la que reposa la utopía socialista que me parece sostenible a la altura de nuestro tiempo. El hecho de que la ruptura revolucionaria se revele hoy como poco viable, poco deseable y no inevitable, no significa en modo alguno que se considere intransformable o soportable el desorden establecido. Hoy, quizá más que nunca, la utopía es necesaria y posible. Pero, en mi opinión, sólo puede venir vertebrada por la idea de la democracia. Esa es la propuesta transformadora en la que creo: reivindicación permanente de la profundización y extensión de la libertad, de la participación, del control y de la gestión populares; reivindicación, en síntesis, de la radicalización de la democracia. Una estrategia de no violencia

⁷ M. A. Quintanilla y R. Vargas-Machuca, «Socialista después de marxista», *Leviatán*, n.º 25, Madrid, otoño de 1986. En la misma línea puede verse también el trabajo de ambos autores «Ideas para el socialismo del futuro», *Leviatán*, n.º 18, Madrid, invierno de 1984.



consecuente, pero también radical, que se desmarca tanto del revolucionarismo leninista —por su defensa de la democracia como único instrumento— como del pragmatismo integrador socialdemócrata —por la propia radicalización del concepto de democracia que la sustenta—. Una estrategia, finalmente, que reivindica el reformismo como vía de transformación profunda, en cuanto que considera posible la realización de reformas generadoras de cambios esenciales en el sistema, catalizadoras de una dinámica de transformaciones sucesivas: reformas —como dice A. Gorz— no reformistas.

CONTRA LA HEGEMONIA DEL CAPITAL

Es, por tanto, una propuesta transformadora que debe materializarse en primera instancia en un proceso de persecución dialogada de una nueva hegemonía: una hegemonía popular, necesariamente plural y abierta, superadora de la hegemonía del capital. En este sentido, no se trata sólo de una táctica de oposición al poder, sino de una metodología también precisa para la construcción de esa hoy inexistente oposición. Una oposición que sólo puede construirse a través del consenso entre los diferentes sectores del conjunto de las clases populares, en un proceso de diálogo que constituye en sí mismo un ejercicio democrático encaminado a la autoafirmación de los objetivos fundamentales de la mayoría de la sociedad. Ejercicio que debe convertirse, al tiempo, en un proceso absolutamente nuclear de autoconstitución libre, consciente y colectiva del nuevo sujeto de la transformación. Se trata de un presupuesto metodológico básico, que hace hincapié más en el surgimiento de una conciencia emancipadora que en la aplicación de líneas concretas de actuación definidas de antemano. Como indica R. Barros, «la autonomía y la autoconstitución surgen como los valores clave para un movimiento socialista»⁸. Algo que retrotrae a una idea que he venido sosteniendo repetidamente: la centralidad de la lucha ideológico-cultural⁹. El proceso de profundización democrática se quedaría vacío de sentido si no se acompañara de un esfuerzo eminentemente cultural y pedagógico a través del que la comunidad pueda autoafirmarse en valores y actitudes vitales capaces de poner en cuestión las relaciones sociales existentes, que permitan la difusión de objetivos contrapuestos a los que el poder requiere y estimula y que, en tal sentido, posibilitem —son palabras del citado Barros— «...la formación de unos sujetos populares dotados de la autonomía y voluntad para participar activamente en la vida pública»¹⁰.

Superación del orden dominante, profundización democrática y auto-transformación cultural pasarían a ser, así, objetivos complementarios y que

⁸ R. Barros, «Izquierda y democracia: debates recientes en América Latina», *Zona Abierta*, n.º 39-40, Madrid, abril-septiembre de 1986.

⁹ Vid., por ejemplo, J. A. Moreno, «Consumo e izquierda: elementos para una alternativa anticonsumista», en VV.AA., *Homenaje al profesor Sampedro*. Fundación Banco Exterior, Madrid, 1987; y «Hacia una radicalización del bienestar social: crisis, política económica y necesidades fundamentales», *Documentación Social*, n.º 71, Madrid, abril-junio de 1988.

¹⁰ R. Barros, op. cit.



posibilidad, de la deseabilidad y de la necesidad de superar el capitalismo. Sólo implica la desconfianza respecto a que no existan más vías para esa superación que las violentas. No puedo desembarazarme de la esperanza de que pueda conseguirse una transformación profunda del inhumano orden dominante por vías pacíficas ni de la creencia de que sólo esa alternativa sería la que permitiese una transformación auténtica. A ello —teniendo siempre en el horizonte la utopía del comunismo libre, autogestionario y fraterno— trata de apuntar lo que a continuación sigue.

LA DEMOCRACIA RADICAL, INSTRUMENTO Y OBJETIVO

Como antes se indicaba, la explotación en nuestro tiempo no depende sólo —aunque descansa sobre ella— de la propiedad de los medios productivos. Su expropiación puede no ser, por tanto, la única opción realmente liberadora. Toda acción que pueda socavar la estructura de poder existente para su reparto más equitativo es potencialmente una acción emancipadora y, en consecuencia, transformadora. Como han escrito dos autores con los que en otros temas discrepo, en la actualidad «el objetivo de la supresión de la explotación económica se transforma en un objetivo de redistribución del poder político. Y el ideal moral de la igualdad se concreta en un programa de superación de la desigualdad de las relaciones de poder en el conjunto de la sociedad»⁷. Y no hay, probablemente, estrategia mejor para esa pretensión que aquella que posibilite sentar las bases de una estructura menos desigual y jerárquica del poder: aquella que fomente al máximo posible el establecimiento de los mecanismos y de las posibilidades de una libre y equitativa participación social en los diferentes niveles de decisión. Una estrategia, en definitiva, que se concreta en la construcción de contrapoderes sólidos que permitan controlar y compensar crecientemente por la mayoría del cuerpo social la capacidad decisoria de los sectores económicamente dominantes, debilitando así los cimientos de la propia posición de dominación, distribuyendo más igualitariamente el poder y los recursos y socializando, en esa medida, las oportunidades y las capacidades del conjunto de la comunidad.

Es ésta, en suma, la idea matriz sobre la que reposa la utopía socialista que me parece sostenible a la altura de nuestro tiempo. El hecho de que la ruptura revolucionaria se revele hoy como poco viable, poco deseable y no inevitable, no significa en modo alguno que se considere intransformable o soportable el desorden establecido. Hoy, quizá más que nunca, la utopía es necesaria y posible. Pero, en mi opinión, sólo puede venir vertebrada por la idea de la democracia. Esa es la propuesta transformadora en la que creo: reivindicación permanente de la profundización y extensión de la libertad, de la participación, del control y de la gestión populares; reivindicación, en síntesis, de la radicalización de la democracia. Una estrategia de no violencia

⁷ M. A. Quintanilla y R. Vargas-Machuca, «Socialista después de marxista», *Leviatán*, n.º 25, Madrid, otoño de 1986. En la misma línea puede verse también el trabajo de ambos autores «Ideas para el socialismo del futuro», *Leviatán*, n.º 18, Madrid, invierno de 1984.



consecuente, pero también radical, que se desmarca tanto del revolucionarismo leninista —por su defensa de la democracia como único instrumento— como del pragmatismo integrador socialdemócrata —por la propia radicalización del concepto de democracia que la sustenta—. Una estrategia, finalmente, que reivindica el reformismo como vía de transformación profunda, en cuanto que considera posible la realización de reformas generadoras de cambios esenciales en el sistema, catalizadoras de una dinámica de transformaciones sucesivas: reformas —como dice A. Gorz— no reformistas.

CONTRA LA HEGEMONIA DEL CAPITAL

Es, por tanto, una propuesta transformadora que debe materializarse en primera instancia en un proceso de persecución dialogada de una nueva hegemonía: una hegemonía popular, necesariamente plural y abierta, superadora de la hegemonía del capital. En este sentido, no se trata sólo de una táctica de oposición al poder, sino de una metodología también precisa para la construcción de esa hoy inexistente oposición. Una oposición que sólo puede construirse a través del consenso entre los diferentes sectores del conjunto de las clases populares, en un proceso de diálogo que constituye en sí mismo un ejercicio democrático encaminado a la autoafirmación de los objetivos fundamentales de la mayoría de la sociedad. Ejercicio que debe convertirse, al tiempo, en un proceso absolutamente nuclear de autoconstitución libre, consciente y colectiva del nuevo sujeto de la transformación. Se trata de un presupuesto metodológico básico, que hace hincapié más en el surgimiento de una conciencia emancipadora que en la aplicación de líneas concretas de actuación definidas de antemano. Como indica R. Barros, «la autonomía y la autoconstitución surgen como los valores clave para un movimiento socialista»⁸. Algo que retrotrae a una idea que he venido sosteniendo repetidamente: la centralidad de la lucha ideológico-cultural⁹. El proceso de profundización democrática se quedaría vacío de sentido si no se acompañara de un esfuerzo eminentemente cultural y pedagógico a través del que la comunidad pueda autoafirmarse en valores y actitudes vitales capaces de poner en cuestión las relaciones sociales existentes, que permitan la difusión de objetivos contrapuestos a los que el poder requiere y estimula y que, en tal sentido, posibilitem —son palabras del citado Barros— «...la formación de unos sujetos populares dotados de la autonomía y voluntad para participar activamente en la vida pública»¹⁰.

Superación del orden dominante, profundización democrática y auto-transformación cultural pasarían a ser, así, objetivos complementarios y que

⁸ R. Barros, «Izquierda y democracia: debates recientes en América Latina», *Zona Abierta*, n.º 39-40, Madrid, abril-septiembre de 1986.

⁹ Vid., por ejemplo, J. A. Moreno, «Consumo e izquierda: elementos para una alternativa anticonsumista», en VV.AA., *Homenaje al profesor Sampedro*. Fundación Banco Exterior, Madrid, 1987; y «Hacia una radicalización del bienestar social: crisis, política económica y necesidades fundamentales», *Documentación Social*, n.º 71, Madrid, abril-junio de 1988.

¹⁰ R. Barros, op. cit.



se refuerzan: las tres dimensiones de un mismo proyecto político. Un proyecto, en definitiva, que, como intuyeron los grandes teóricos del anarquismo y marxistas imaginativos como Gramsci, reposa en la asunción mayoritaria de una nueva cultura y una nueva ética. Asunción, recuérdese, que sólo será firme y fructífera en la medida en que se realice a través de un proceso colectivo autónomo: no hay transformación cultural progresista posible si no se enmarca en el contexto de la profundización democrática.

Entiendo, pues, que la democracia debe ser el objetivo instrumental básico de la izquierda: tanto para acrecentar el nivel de libertad como para reducir al máximo posible el grado de desigualdad, injusticia y dominación existente en la comunidad. Libertad, equidad y emancipación son, en esta perspectiva, objetivos perfectamente compatibles y, al tiempo, posibilitadores del incremento del bienestar material y de la autonomía moral de la sociedad.

La alternativa propuesta —mirando siempre hacia el horizonte del socialismo autogestionario— es, por tanto, clara. Frente al objetivo de preparar la insurrección, se trataría, más bien, de colaborar a que la mayoría social conquiste la hegemonía —política y cultural—: trabajar en la construcción de un «bloque histórico» capaz de imponer, por la propia fuerza de su masa, de su voluntad y de su conciencia, un nuevo marco para la convivencia.

SOCIALISMO Y AUTOGESTION: ACTUALIDAD DE LOS VIEJOS IDEALES

Es, por otra parte, una alternativa que —no puede negarse— implica un serio replanteamiento de lo que significan socialismo y autogestión.

A) En primer lugar, porque presupone la convicción de que el socialismo no se alcanza sólo ni principalmente por la socialización de los medios productivos, sino con la subversión de toda estructura jerárquica basada en posiciones de poder personal o sectorial, para sustituirla por una jerarquía plenamente democrática. Y esto implica la extensión del proceso democrático a todo ámbito social. La democracia es ante todo posibilidad de un orden social más justo, equitativo y solidario. Es la expresión del proyecto de los sectores mayoritarios de la población de reordenar más humanamente la sociedad: la práctica pacífica —como ha escrito J. C. Portantiero— a través de la que las clases populares «... proyectan su voluntad de controlar la vida»¹¹. Algo que, evidentemente, exige prioritariamente la democratización de las estructuras económicas. Y no sólo en el ámbito empresarial —tradicional pretensión del sindicalismo autogestionario—, sino también en los niveles local, regional y nacional. En síntesis, la esencia de la democracia radical aquí planteada sería la democratización del proceso de definición y jerarquización de las necesidades y de los medios de satisfacerlas. Proceso en el que habrían de participar los ciudadanos no sólo en calidad de productores —vi-

¹¹ J. C. Portantiero, «Lo nacional-popular y la alternativa democrática en América Latina», en VV.AA. *América Latina 80: democracia y movimiento popular*, DESCO, Lima, 1981.



sión clásica de la autogestión obrera —, sino paralelamente en cuanto que afectados por la producción —consumidores, vecinos, etc.—. Se trata, en definitiva, de controlar democráticamente qué se produce, para quién se produce y cómo se produce —control de la tecnología—.

Esto, sin duda, supone la asunción de un riesgo elevado: el riesgo de la libertad. Aceptar que la comunidad fije los objetivos que libre y mayoritariamente desee, por equivocados que puedan parecer a algunos. Aceptar la posibilidad de que la comunidad marque su propio destino. Asumir el riesgo del error colectivo, en la esperanza —indemostrable— de que es el único camino que puede conducir a la larga a la sociedad al óptimo posible. Confiar, también, en la posibilidad de que todo hombre puede ser capaz de conocer, expresar y jerarquizar sus necesidades esenciales si dispone de un marco de libertad y transparencia adecuadas. Un marco en el que se reduzca progresivamente la capacidad de influencia y presión del poder para potenciar la independencia de criterio de los ciudadanos: garantizar —como ha escrito L. E. Alonso— «... que la esfera de decisión de la necesidad sea la esfera de la participación y no de la dominación»¹².

Es, en general, un objetivo que apunta a la pretensión de humanizar y democratizar el proceso económico; sometido en los países capitalistas a una sutil dictadura: la dictadura del mercado. Porque las leyes que en el mercado priman son las leyes de una muy imperfecta —y distorsionada— competencia, en la que la flagrante desigualdad de recursos y de poder negociador predetermina indefectiblemente el resultado de ese juego presuntamente libre y abierto. Y no hay forma mejor ni más liberalizante de combatir esa dictadura que incrementar los espacios en que las decisiones económicas son adoptadas —o cuando menos controladas— por medio de la participación de quienes padecen sus efectos: aumentar los espacios de autonomía. Algo que conduciría paso a paso a la supeditación de la lógica del capital a la lógica democrática. Una vía indirecta, complicada y lenta, pero en mi opinión más fructífera que la socialización de los medios productivos, porque, si bien se mantiene su propiedad —a lo menos, en un principio—, a través del control del mercado se aboca a una verdadera socialización del poder de decisión fundado sobre esa propiedad.

B) En segundo lugar, las ideas aquí defendidas suponen una reconsideración del concepto de autogestión, en cuanto que implican que su consecución no exige la —en mi opinión impensable— destrucción del Estado.

Antes al contrario, el Estado puede, precisamente, ser el garante de esa democracia plena que es la autogestión: el garante de la existencia de todos los poderes compensadores y limitadores de los poderes económicos y de las ramificaciones que éstos generan en el conjunto de la sociedad. No es una contradicción insuperable: siempre que, paralelamente, se democratice al máximo el aparato estatal, de forma que pueda realmente ser la emanación

¹² L. E. Alonso, «La producción social de la necesidad», *Economía*, n.º 18, Madrid, febrero de 1986.



se refuerzan: las tres dimensiones de un mismo proyecto político. Un proyecto, en definitiva, que, como intuyeron los grandes teóricos del anarquismo y marxistas imaginativos como Gramsci, reposa en la asunción mayoritaria de una nueva cultura y una nueva ética. Asunción, recuérdese, que sólo será firme y fructífera en la medida en que se realice a través de un proceso colectivo autónomo: no hay transformación cultural progresista posible si no se enmarca en el contexto de la profundización democrática.

Entiendo, pues, que la democracia debe ser el objetivo instrumental básico de la izquierda: tanto para acrecentar el nivel de libertad como para reducir al máximo posible el grado de desigualdad, injusticia y dominación existente en la comunidad. Libertad, equidad y emancipación son, en esta perspectiva, objetivos perfectamente compatibles y, al tiempo, posibilitadores del incremento del bienestar material y de la autonomía moral de la sociedad.

La alternativa propuesta —mirando siempre hacia el horizonte del socialismo autogestionario— es, por tanto, clara. Frente al objetivo de preparar la insurrección, se trataría, más bien, de colaborar a que la mayoría social conquiste la hegemonía —política y cultural—: trabajar en la construcción de un «bloque histórico» capaz de imponer, por la propia fuerza de su masa, de su voluntad y de su conciencia, un nuevo marco para la convivencia.

SOCIALISMO Y AUTOGESTION: ACTUALIDAD DE LOS VIEJOS IDEALES

Es, por otra parte, una alternativa que —no puede negarse— implica un serio replanteamiento de lo que significan socialismo y autogestión.

A) En primer lugar, porque presupone la convicción de que el socialismo no se alcanza sólo ni principalmente por la socialización de los medios productivos, sino con la subversión de toda estructura jerárquica basada en posiciones de poder personal o sectorial, para sustituirla por una jerarquía plenamente democrática. Y esto implica la extensión del proceso democrático a todo ámbito social. La democracia es ante todo posibilidad de un orden social más justo, equitativo y solidario. Es la expresión del proyecto de los sectores mayoritarios de la población de reordenar más humanamente la sociedad: la práctica pacífica —como ha escrito J. C. Portantiero— a través de la que las clases populares «... proyectan su voluntad de controlar la vida»¹¹. Algo que, evidentemente, exige prioritariamente la democratización de las estructuras económicas. Y no sólo en el ámbito empresarial —tradicional pretensión del sindicalismo autogestionario—, sino también en los niveles local, regional y nacional. En síntesis, la esencia de la democracia radical aquí planteada sería la democratización del proceso de definición y jerarquización de las necesidades y de los medios de satisfacerlas. Proceso en el que habrían de participar los ciudadanos no sólo en calidad de productores —vi-

¹¹ J. C. Portantiero, «Lo nacional-popular y la alternativa democrática en América Latina», en VV.AA. *América Latina 80: democracia y movimiento popular*, DESCO, Lima, 1981.



sión clásica de la autogestión obrera —, sino paralelamente en cuanto que afectados por la producción —consumidores, vecinos, etc.—. Se trata, en definitiva, de controlar democráticamente qué se produce, para quién se produce y cómo se produce —control de la tecnología—.

Esto, sin duda, supone la asunción de un riesgo elevado: el riesgo de la libertad. Aceptar que la comunidad fije los objetivos que libre y mayoritariamente desee, por equivocados que puedan parecer a algunos. Aceptar la posibilidad de que la comunidad marque su propio destino. Asumir el riesgo del error colectivo, en la esperanza —indemostrable— de que es el único camino que puede conducir a la larga a la sociedad al óptimo posible. Confiar, también, en la posibilidad de que todo hombre puede ser capaz de conocer, expresar y jerarquizar sus necesidades esenciales si dispone de un marco de libertad y transparencia adecuadas. Un marco en el que se reduzca progresivamente la capacidad de influencia y presión del poder para potenciar la independencia de criterio de los ciudadanos: garantizar —como ha escrito L. E. Alonso— «... que la esfera de decisión de la necesidad sea la esfera de la participación y no de la dominación»¹².

Es, en general, un objetivo que apunta a la pretensión de humanizar y democratizar el proceso económico; sometido en los países capitalistas a una sutil dictadura: la dictadura del mercado. Porque las leyes que en el mercado priman son las leyes de una muy imperfecta —y distorsionada— competencia, en la que la flagrante desigualdad de recursos y de poder negociador predetermina indefectiblemente el resultado de ese juego presuntamente libre y abierto. Y no hay forma mejor ni más liberalizante de combatir esa dictadura que incrementar los espacios en que las decisiones económicas son adoptadas —o cuando menos controladas— por medio de la participación de quienes padecen sus efectos: aumentar los espacios de autonomía. Algo que conduciría paso a paso a la supeditación de la lógica del capital a la lógica democrática. Una vía indirecta, complicada y lenta, pero en mi opinión más fructífera que la socialización de los medios productivos, porque, si bien se mantiene su propiedad —a lo menos, en un principio—, a través del control del mercado se aboca a una verdadera socialización del poder de decisión fundado sobre esa propiedad.

B) En segundo lugar, las ideas aquí defendidas suponen una reconsideración del concepto de autogestión, en cuanto que implican que su consecución no exige la —en mi opinión impensable— destrucción del Estado.

Antes al contrario, el Estado puede, precisamente, ser el garante de esa democracia plena que es la autogestión: el garante de la existencia de todos los poderes compensadores y limitadores de los poderes económicos y de las ramificaciones que éstos generan en el conjunto de la sociedad. No es una contradicción insuperable: siempre que, paralelamente, se democratice al máximo el aparato estatal, de forma que pueda realmente ser la emanación

¹² L. E. Alonso, «La producción social de la necesidad», *Economía*, n.º 18, Madrid, febrero de 1986.



nítida de la voluntad de la sociedad civil, hasta el punto de que acabe diluyéndose en ella.

Creo que es una estrategia perfectamente compatible con el ideal autogestionario. Aún más, es una estrategia que conlleva un paradójico reforzamiento del Estado. Reforzamiento necesario, porque un Estado débil no puede ser el instrumento protector de la independencia de la comunidad frente al poder económico. Paradójico, porque sólo puede tener éxito a través del fomento de la libre participación social en él; a través, por tanto, de su dilución. Un fortalecimiento, pues, que puede ser únicamente entendido como tal en el sentido de que implica la asunción íntegra del Estado por la sociedad civil, la superación de la ruptura entre ambos espacios.

Algo, naturalmente, que requiere como prerrequisito básico el previo fortalecimiento de la sociedad, su vertebración: «recomponer la motivación socio-cultural por la participación»¹², para así posibilitar esa creación de tejido social absolutamente prioritaria en una perspectiva transformadora. A este respecto, el fortalecimiento del Estado planteado puede perfectamente ser paralelo y sinónimo al debilitamiento de la Administración Central. Como ha escrito el dirigente comunista italiano Pietro Ingrao, «para que se produzca un cambio tan profundo y complejo se hace necesario, sin duda, un poder social fuerte, pero fuerte en el sentido de que debe ser capaz de promover la liberación de fuerzas oprimidas, la creatividad de agregados sociales y de los individuos. Necesitamos un Estado que ayude a los grupos y a los individuos a actuar por sí mismos, que favorezca formas e instituciones de autorresponsabilización y autogobierno»¹³.

No está de más recordar que esto, entre otras cosas, implicaría la descentralización máxima posible —es decir, compatible con el nivel de eficacia económica que la comunidad desee— de la capacidad de planificación socio-económica. Y ello también en un sentido geográfico: las ideas de máxima autonomía local y de federalismo son consustanciales a la utopía de la autogestión —y mucho más en un momento como el actual, en el que la internacionalización de la economía obliga irremisiblemente a replantear el ámbito de actuación del Estado—. Todo lo que pueda decidirse y realizarse racionalmente por una unidad de determinado nivel, no debe ser decidido o realizado por otra unidad de nivel superior, pues ello provoca inevitablemente una pérdida de posibilidades participativas, al margen de un frecuente incremento del coste social¹⁴.

Está tras todo ello, de nuevo, el objetivo de potenciar al máximo posible la aparición de nuevas estructuras de decisión que posibiliten un mayor

¹² R. Mate, «Democracia, moral y poder en el debate socialista», *Leviatán*, n.º 29-30, Madrid, otoño-invierno de 1987.

¹³ P. Ingrao, «El futuro de la izquierda», *El País*, Madrid, 2 de junio de 1985.

¹⁴ Vid., sobre esto B. Rosier, *Crecimiento y crisis capitalistas*, Labor, Barcelona, 1978. El capítulo más directamente relacionado con lo aquí apuntado se ha publicado también en *Acontecimiento* («Una alternativa económica: romper la lógica del capital»), n.º 9, Madrid, octubre de 1987.



grado de participación, pero también una vía alternativa de formación de las necesidades. Cuanto más participativamente se adopten, más probable es que sean más autónomas, es decir, que respondan a pulsiones más auténticas de los individuos.

Debo ratificar, no obstante, mi convicción de que esta defensa de la autogestión y del federalismo no supone la destrucción de ese centro regulador y coordinador que, para evitar confusiones, prefiero seguir llamando Estado. En toda sociedad, por autogestionaria y federal que sea —y precisamente para que pueda serlo— es indispensable un proyecto común en ciertos aspectos esenciales, y eso sólo puede garantizarlo ese centro coordinador llamado Estado, porque sin él sólo es posible alcanzar el caos. Esa es, en mi opinión, la única traducción posible de aquella «reunión de hombres libres según un plan concertado» que propugnaba Marx rememorando el ejemplo de la Comuna de París.

Una idea, repito, perfectamente compatible con la utopía autogestionaria, si bien a costa de limitar y controlar muy estrechamente la autonomía y el poder del Estado y de los representantes de la voluntad popular. En este contexto, las ideas de control ciudadano, de revocabilidad, de limitación temporal y de obligatoriedad de rendición transparente de cuentas de dichos representantes —que están en la base de esa organización libre de la voluntad popular que siempre ha reivindicado el movimiento libertario—, siguen siendo imprescindibles en la construcción del modelo de Estado democrático que aquí se plantea. Un Estado que, para ser garante de la autonomía de la mayoría social, no puede reproducir en su seno las desigualdades que debe combatir en el seno de la sociedad.

De esta forma, la democracia puede ser contemplada no sólo como el único camino posible para el socialismo, sino, en pureza de términos, como auténtico sinónimo de socialismo, en cuanto que maximización de democracia implica minimización de la oligarquía y de la explotación. Y en el mismo sentido, autogestión se convierte en sinónimo de máxima participación voluntaria en la gestión de todos los fenómenos sociales, en cuanto que ello implica mínima dominación y mínimo extrañamiento, es decir, máxima autonomía.

Así, la defensa aquí apuntada de la democracia como impulsora y equivalente del socialismo y de la autogestión pretende recoger lo mejor de las tres grandes tradiciones emancipadoras de los tres últimos siglos: *la tradición socialista* (porque no hay libertad posible en medio de desigualdades abusivas); *la tradición libertaria-anarquista* (en cuanto que no hay socialismo posible sin autonomía del individuo); pero también *la tradición ilustrada* que enarbó su mejor bandera en la Revolución Francesa: porque no son posibles ni la equidad ni la autonomía sin libertad. *Libertad, Igualdad y Fraternidad* siguen, por eso, siendo lemas válidos para las esperanzas transformadoras de nuestro tiempo: los lemas de nuestra utopía. Ideales los dos primeros que se refuerzan y se necesitan, en tanto que consecuencia ineludible de los dos anteriores el tercero, que no es sino la expresión política de la irrenunciable necesidad humana de solidaridad y amor.



NUEVAS IDEAS PARA LOS NUEVOS PROBLEMAS

Ahora bien, los doscientos años transcurridos desde 1789 nos han enseñado también los peligros a los que puede conducir la fe ilustrada. Peligros que no pudo apreciar el movimiento obrero originario, necesariamente partícipe del mismo concepto de progreso: un progreso que se confundía con crecimiento material, con «desarrollo de las fuerzas productivas». Hoy, por el contrario, sabemos que ni el progreso ni el bienestar materiales nos harán por sí solos libres. Más aún, sabemos que pueden convertirse en nuevas formas de esclavitud e incluso en fuerzas fatalmente destructoras si no las doméñamos.

Por eso, la utopía transformadora, la utopía anticapitalista, de nuestro tiempo debe complementar las tres grandes tradiciones mencionadas con una nueva necesidad, en buena parte desconocida para ellas —aunque, sin duda, intuida por el anarquismo—: la necesidad de controlar el progreso; la necesidad de limitar y canalizar las fuerzas que impulsan el crecimiento económico y el incremento de la eficacia; la necesidad de combatir el economicismo al que la búsqueda obsesiva de la eficacia a corto plazo ha conducido y que ha pasado a ser probablemente el mayor obstáculo actual para el progreso integral de la sociedad y para el desarrollo armónico del individuo.

Es una exigencia nueva que el presente plantea a la izquierda. Una exigencia que debe inducir a nuevos planteamientos; que obliga, más que nunca, a pensar la vida en términos globales: que nuestra casa es el mundo y que de lo que en ella hagamos depende estrechamente el futuro. Una exigencia, por tanto, que obliga a rechazar los reduccionismos, que conducen inevitablemente a nuevos desequilibrios, a nuevas tiranías, a nuevas formas de deshumanización. Por eso es más urgente que nunca combatir las ideas que nos esclavizan: porque ahora nos están conduciendo incluso a la destrucción. No es posible, ya se ha dicho, una nueva hegemonía popular sin la liberación respecto de los valores dominantes, que son, como repetía Marx, los valores de la clase dominante, los valores del gran capital. Ahora, sin esa emancipación es probable que tampoco sea posible la vida futura. Y recordemos que el economicismo, el imperio de la lógica del beneficio y de la máxima eficiencia económica a corto plazo, es el máximo valor del capital en nuestro tiempo, su principal soporte.

La lucha por un mundo mejor no puede, pues, olvidar los nuevos riesgos creados por la civilización industrial. No es posible, por tanto, concebir el anhelo por el socialismo autogestionario sin reparar en la necesidad de una más equilibrada y armónica relación con la naturaleza, con el futuro e, incluso y sobre todo, con el interior del propio ser humano. La aspiración a una vida más libre, más autónoma, más justa y más solidaria es, así, inseparable de la aspiración a una vida más respetuosa del medio y más sabia, es decir, más dotada de sentido autónomo.

Todo esto es algo que reconduce a la importancia decisiva en toda estrategia política anticapitalista de la vertiente cultural. Si la profundización democrática radical parecía imposible sin un mayoritario cambio de valores,



ahora más que nunca se hace evidente ese reto: la conciencia cautiva característica del capitalismo avanzado constituye el obstáculo fundamental para la aspiración a un modo de vida alternativo.

La transformación cultural se revela, en esta perspectiva, como elemento básico de la estrategia democrática planteada. Pero probablemente no hay metodología mejor para esa transformación que la dinámica creada por la propia profundización democrática: una dinámica que puede ser el detonante preciso para el brote de un proceso paralelo de cambio de mentalidad, que en un momento posterior habría de convertirse en el motor de aquélla.

Ahora bien: ¿cómo propulsar esa radicalización democrática desde fuera del poder político? Mi respuesta no es tampoco original en este punto: pretende recoger las tres grandes líneas de fuerza de la historia del movimiento obrero. Por un lado, participar en los procesos democráticos ya existentes para radicalizarlos, para mejorarlos, para conseguir que, cuando menos, a través de ellos lleguen al aparato decisor algunas de las pretensiones de la sociedad. De otro lado, extender valores alternativos a los dominantes; hacer política a largo plazo por medio de un esfuerzo pedagógico que será, a la postre, fundamental; colaborar en la consecución de la autonomía moral y cultural de la comunidad. En último lugar, contribuir a esa autonomía desde la lucha cotidiana por la superación de las múltiples insuficiencias, injusticias y desigualdades existentes en nuestras sociedades; convertir esa lucha en algo más que reivindicaciones materiales, haciendo de ellas elemento concienciador y pedagógico, en el viejo estilo del sindicalismo libertario; contribuir —como escribía hace años el ahora socialdemócrata Manuel Castells— a la toma de conciencia política de los sectores populares a través de «... la práctica colectiva de lucha y organización. A fin de que verifiquen por ellos mismos dónde están sus intereses y cuáles son sus aliados»¹⁶.

LOS ORGANISMOS POLITICOS DE LA TRANSFORMACION

Todo esto nos conduce directamente a la cuestión nuclear de los instrumentos políticos concretos que pueden canalizar ese proceso de radicalización democrática. Y en este punto me parece necesario reivindicar en primer lugar la ineludibilidad del instrumento de mediación política por excelencia: el partido. Un instrumento que, pese a sus múltiples insuficiencias¹⁷, sigue siendo imprescindible para el objetivo de materializar la participación social en las instituciones estatales. Pero la radicalización democrática multidireccional aquí propugnada no puede limitarse sólo a ese ámbito ni ser conducida únicamente por los partidos. Estos son, sin duda, instrumentos muy útiles, pero válidos sólo para determinadas funciones, y no pueden pretender convertirse en el único mecanismo para la concreción de las inquietudes

¹⁶ M. Castells, *Ciudad, democracia y socialismo*, Siglo XXI, Madrid, 1977.

¹⁷ Vid., sobre esto L. E. Alonso, «La mediación institucional en el capitalismo avanzado», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 35, julio-septiembre de 1986.



socio-políticas de la comunidad. Tan importante, en efecto, como la lucha electoral es la intensificación de la participación y el control populares en otras facetas de la vida; y ello exige disponer de instrumentos adicionales. Uno, por supuesto, lo constituyen los sindicatos, que deberían —en la perspectiva que guía este artículo— extender su problemática, excesivamente polarizada en la actualidad hacia las puras reivindicaciones económicas o paraeconómicas, integradas en la lógica del sistema y, por esa razón, muy débilmente generadoras de conciencia alternativa.

Pero la estrategia aquí planteada rebasa también el ámbito de la relación laboral, por muy ampliamente que ésta se conciba. Una democracia radical y global requiere la más intensa y libre participación posible de los individuos en todas las decisiones y en todos los procesos sociales que les afectan. Un objetivo para el que se precisa —como repiten Jürgen Habermas o Agnes Heller— construir una comunidad en la que la comunicación sea lo más diáfana y plena posible. Y para ello hace, ante todo, falta, la previa construcción de sujetos dialogantes. Es decir, hace falta vertebrar la sociedad, intensificar el espesor de la trama del tejido social, a través de la constitución del mayor número posible de cuerpos asociativos intermedios que permitan canalizar esa participación deseada y que concierten la pluralidad de voces en armónico diálogo. En el aislamiento profundo al que nos reduce el sistema dominante, reunirse con nuestros iguales es, por modesta que sea, una práctica auténticamente transformadora.

Es aquí donde puede apreciarse la importancia política y el potencial subversivo de los llamados «movimientos sociales»: movimientos que plantean, en esencia, la transformación de las relaciones sociales en ámbitos concretos y cotidianos y que pueden y deben convertirse en lugares idóneos para ese trabajo concienciador a largo plazo que ha de constituir el esfuerzo básico de quienes aspiren a la superación del orden establecido.

Y ello es así porque estos movimientos permiten que amplios sectores de la población adviertan cómo determinados problemas que afectan a su vida diaria responden, en último término, a necesidades del sistema dominante. En este sentido, conllevan una indudable capacidad «reveladora», propia, por otra parte, de todo proceso democratizador. Un proceso que, en este caso, incide de forma especial en el ámbito de la cotidianidad, al que estos movimientos elevan a espacio político, como lugar que es de dominación. En esta perspectiva, los denominados «nuevos movimientos sociales» no sólo pretenden dar respuestas concretas a las múltiples degradaciones que experimenta la vida cotidiana, sino que, más allá de ello, se enfrentan a nuevas formas de dominación que encuentran en ella su ámbito. En esta forma, pueden contribuir decisivamente a la democratización de instancias fundamentales de la vida social, al tiempo que a la recuperación de la propia intimidad e individualidad del ser humano, puesto que —cuando menos los más radicales de entre ellos— se enfrentan a la intensa mercantilización de la existencia, propugnando, frente a ella, una cierta «descapitalización» de la vida, en la medida en que aspiran a formas de vida en las que el valor de cambio se vea



sustituido como criterio rector máximo por el valor de uso¹⁸. Plantean, así, una politización mucho más radical del marco social que la propuesta por las formas tradicionales de lucha anticapitalista —con excepción, quizá, del lúcido anarquismo originario, en el que estos movimientos indudablemente (consciente o inconscientemente) beben—, constituyéndose probablemente en las plataformas más adecuadas para el cuestionamiento del sistema de valores imperante: un cuestionamiento imprescindible para alterar el rumbo del desarrollo y del estilo de vida.

En definitiva, al igual que no existe un sujeto social históricamente predestinado para protagonizar la superación del capitalismo, no existe tampoco un instrumento de mediación política privilegiado. Todo puede valer, si es útil: si sirve para que sectores sociales determinados tomen conciencia de las contradicciones fundamentales de nuestra forma de vida y si, paralelamente, sirve para incorporar a esos sectores a un proyecto transformador convergente. No hay que pensar, por ello, en un único camino ni en un único instrumento, sino, más bien, en la necesidad y en la virtualidad transformadora de «multiplicar los espacios políticos»¹⁹. La lucha autogestionaria por el socialismo se debe materializar en numerosos frentes autónomos. Frentes que tienen que provocar luchas plurales y diferenciadas, porque no existen, tampoco, puntos de ruptura únicos. No hay un único espacio y un único tiempo de la «revolución», sino que ésta pasa a ser la resultante nunca culminada de un largo, complejo y plural proceso de antagonismos múltiples y de transformaciones concretas.

UN NUEVO SENTIDO COMUN

En este sentido, entiendo mi aspiración a la autogestión, en una primera instancia, fundamentalmente como «autogestión de las luchas»; es decir, como una autonomización creciente de los procesos y de los instrumentos por los que han de canalizarse las esperanzas de los sectores que aspiran a una transformación de la forma de vida actual. Se trata de «una concepción radicalmente libertaria de la política»²⁰; una concepción regulada sólo por el propio marco de la convivencia democrática.

Debe destacarse, no obstante, que para que esa concepción libertaria pueda ser globalmente transformadora ha de ser *convergente*. Es decir, debe conducir a un nuevo «sentido común» mayoritario²¹, a una convergencia de

¹⁸ Puede verse sobre esto la obra citada de M. Castells. Sobre estas cuestiones merecen ser consultados también E. Laclau y Ch. Mouffe, op. cit.; L. E. Alonso, «La mediación...», op. cit.; A. Heller y F. Fehér, op. cit.; A. Touraine, *El Postsocialismo*, Planeta, Barcelona, 1982; A. Gorz, op. cit.; M. Porta, «Los movimientos sociales», *Leviatán*, n.º 28, Madrid, verano de 1987, y K. Offe, «Los nuevos movimientos sociales en la sociedad moderna», *Sistema*, Madrid, 1988.

¹⁹ E. Laclau y Ch. Mouffe, op. cit.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Ibidem*.



posiciones e intereses hacia un discurso crecientemente coherente y global que posibilite oponer una nueva lógica positiva —constructiva— al viejo orden. Como siempre han reconocido los autogestionarios radicales, la autogestión y la autonomía no excluyen, sino que necesitan, coordinación. Y esta coordinación —esta nueva lógica positiva— sólo puede brotar de un nuevo consenso entre todos los sectores interesados en la transformación. No creo en la existencia de un único discurso potencialmente liberador, en un único paradigma anticapitalista; pero los múltiples discursos posibles deben articularse para alcanzar la necesaria eficacia. Y si queremos evitar un nuevo totalitarismo, esa articulación sólo puede provenir del acuerdo democrático en torno al mínimo común denominador más amplio posible de quienes apuesten por avanzar hacia un mundo más libre, justo y solidario.

Ahora bien, ese consenso necesario no puede ya venir cimentado sobre las viejas fórmulas que permitieron al movimiento obrero impulsar la construcción del Estado de Bienestar, porque la gran crisis estructural iniciada a comienzos de los años 70 ha minado irreversiblemente también los pilares en que se apoyaba ese acuerdo. Frente a la atomización de las demandas y al florecimiento de los particularismos corporativistas de nuestro tiempo —resultantes de la crisis—, es urgente y decisiva la definición de un nuevo conjunto de *intereses generales* que permitan la superación del pragmatismo egoísta de nuestro mundo y, frente a él, la materialización de un punto de apoyo para un nuevo acuerdo transformador. O lo que es lo mismo, y para emplear la terminología de un Gramsci cada vez más actual, es prioritario trabajar por la aceptación mayoritaria de aquellos objetivos fundamentales que faciliten la construcción de un «bloque histórico» plural, pero sólido y capaz de hacer frente a los retos del presente. Comparto en este sentido el diagnóstico del socialdemócrata alemán Peter Glotz respecto a que «la única posibilidad de superación de este desafío cada vez más agudo... es una concepción más compleja de los intereses... que no esté predeterminada por un masivo y excluyente interés económico»²². Es a esa perspectiva a la que alude el mucho más radical y también alemán Rudolph Bahro cuando repite —casi en soledad— que el capitalismo sólo podrá ser superado y el mundo sólo podrá sobrevivir si la gran mayoría de la población —y ante todo la de los países ricos— aprende a discernir cuáles son los verdaderos «intereses fundamentales de la humanidad»²³; ése es el consenso por el que habrían de trabajar los sectores antiapitalistas. Un consenso basado prioritariamente en valores no materiales, que requiere como elemento previo ese «cambio de sentido» radical que el propio Bahro reclama: la revolución de nuestro tiempo —dice por eso— debe ser ante todo eminentemente antropológica. Eminentemente moral, decía Mounier, recordando al tiempo que ésta sólo sería posible de ser acompañada por las necesarias transformaciones econó-

²² P. Glotz, «Gramsci y la izquierda europea», *Levanta*, n.º 29-30, Madrid, otoño-invierno de 1987.

²³ R. Bahro, *Cambio de sentido*, HOAC, Madrid, 1986.



micas²⁴. Yo me atrevo a pensar que es la radicalización de la democracia la que posibilitará el estallido, lento y sereno, de esa revolución.

José Angel Moreno es Economista
y miembro del Consejo de Redacción
de «Acontecimiento».

²⁴ «La Revolución será moral o no será. La revolución moral será económica o no será». E. Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, Criterio, Buenos Aires, 1965. Se recoge también en el tomo II de las *Obras Completas* de Mounier que están siendo publicadas por el Instituto Emmanuel Mounier en la editorial Sígueme (Salamanca).

